

se miró como un castigo de la Justicia divina por el ultraje inmerecido que habia hecho á un santo (1).

Francisco experimentó aún otra persecucion de parte de un caballero disoluto, que se habia hecho su enemigo sin que para ello le hubiese dado ningun motivo. Este hombre, que se preciaba de su talento, hizo correr por todas partes una sátira sangrienta contra el Obispo de Ginebra. Este escrito impío no escitó en el público sino el desprecio que merecia, y no alteró un instante en Francisco la paz de su alma. Despechado por el poco resultado que habia obtenido, este caballero inventó otro género de ultraje. Aunque se estaba en lo mas crudo del invierno y la tierra cubierta de nieve, reunió varias noches seguidas, delante de la puerta del palacio, á sus criados con algunos malos sujetos de la ciudad y muchos perros. Allí les mandó hacer el mayor ruido posible, unos tocando cuernos de caza, otros disparando pistolas y todos dando los gritos que es costumbre en la caza, animando con esto á ladrar á los perros y aun tirándoles de las orejas para que ladraran mas fuerte, de tal modo que nadie podia descansar ni un momento en el palacio durante la noche (2). Francisco se levantaba de la cama, y postrado de rodillas al pié de su Crucifijo rogaba por estos insolentes perturbadores, diciendo con Jesucristo: «Padre mio, perdónalos porque no saben lo que hacen.» Los vecinos, menos pacientes que su Obispo, dieron parte á la justicia y la instaron á que impidiera este estruendo nocturno, que no los dejaba pegar los ojos en toda la noche. Pero era tanto el crédito de este señor, que logró detener é impedir á la justicia que hiciera ninguna diligencia contra ellos. Entonces los criados del palacio, sintiendo ya agotada su paciencia, quisieron hacerse justicia por sí mismos y salir armados contra los perturbadores de su reposo. «Guardaos bien de eso, les

(1) Dep. del canónigo Gard, de Favre, de Langin y de la Madre Greffier. — Carlos Aug., p. 486.

(2) Carlos Aug., p. 468.

»dijo Francisco con su incomparable mansedumbre. ¡Ah! »son mas dignos de compasion que nosotros, porque á lo »menos nosotros estamos aquí calientes y á cubierto, y »ellos deben estar transidos de frio.—Pero son unos miserables, le dijeron.—¡Ah! dijo el humilde Obispo, si la »gracia no nos asistiese, podríamos obrar peor aún que »ellos. Doy gracias á Dios por no querer hacer lo mismo.» (1)

Animados con la impunidad, estos desgraciados se pusieron á tirar piedras contra las ventanas; y el santo Obispo, viendo caer las piedras á su lado, repetia tranquilamente las palabras de San Estéban cuando le apedreaban: «Señor, no les imputeis este pecado.» Por fin llegaron hasta el extremo de llenar de lodo é inmundicia la puerta principal del palacio, y parecian decididos á continuar aún, cuando el Obispo, habiendo encontrado por casualidad un día al caballero autor de tanto mal, le abrazó como si fuera su mejor amigo de la manera mas cordial, y diciéndole las palabras mas bondadosas. Este hombre no pudo resistir á tanta caridad; lleno de confusion le pidió perdon, é hizo mas aún, pues movido de la hermosura de la religion que enseña á amar así á un enemigo, se convirtió enteramente, proclamando que la dulzura de su Obispo habia sido mas poderosa para su alma que los sermones de cien predicadores (2).

Este señor, antes de su conversion, habia comunicado su odio al hombre de Dios á uno de sus hermanos, que era Marqués y de un orgullo facil de ofenderse. Este odio fué, á los ojos del santo Obispo, un título particular á su afecto; y en efecto, habiéndose disgustado con el Marqués un señor muy poderoso, y viniendo á Annecy acompañado de doce caballeros para terminar la disputa con las armas, Francisco le detuvo cuando pasó delante del palacio para ir al campo, le disuadió de batirse y le reconcilió con su

(1) Dep. de Raffy.

(2) Dep. de Daunant, testigo de la escena de Carlos Aug., p. 469.

enemigo. Los dos combatientes, movidos de la mediación del santo Obispo, le tomaron por árbitro; y Francisco terminó su diferencia, unió estos corazones divididos, y aquellos señores, que se habían jurado mutuamente la muerte, se separaron hechos amigos (1).

Estos bellos triunfos de la caridad se renovaron de un modo mas dulce aún para su corazón en el seno de su familia. Un caballero, con el cual tenía parentesco, se había ofendido de una acción que Francisco había ejecutado sin la menor sospecha de que podía desagradarle; fué en medio del día al patio del palacio con una trahilla de perros, cornetas y trompetas, para hacer un estruendo increíble; y subiendo luego á la cámara del Obispo, prorumpió contra él en las mas mortificantes injurias. No oponiendo á tanta audacia Francisco, después de algunas palabras de política y cortesía, mas que un silencio lleno de dulzura, el caballero, mas furioso aún, redobló sus ultrajes, hasta que en fin, cansado de hablar solo, se retiró con la amenaza y la injuria en la boca. «Monseñor, preguntó entonces á Francisco el Padre de Coëx que había presenciado toda la escena, ¿cómo no habeis reprimido á este insolente al menos con algunas palabras firmes y severas?—»Padre mio, contestó Francisco, he hecho un pacto con mi lengua, de que no hablaré mientras mi corazón esté alterado, y no replicaré nunca á ninguna palabra que pueda provocarme á la cólera; y verdaderamente no conviene irritar mas á este pobre hombre, tratando de hacerle conocer su yerro. Con la reflexión se hará mas prudente y se arrepentirá de su falta.» (2) En efecto, algunos días después el culpable vino, con las lágrimas en los ojos, á pedir perdón y dar gracias al Obispo, cuya dulzura le había preservado de una falta mayor, confesando que en el trasporte de ira en que se encontraba hubiera matado á golpes al que hubiera querido razonar con

(1) Carlos Aug., p. 470.

(2) El P. Binet: Cual es el mejor gobierno, p. 184.

él (1). Corrió en efecto el rumor de que habían querido atentar contra su vida, por lo cual una religiosa de la Visitación no pudo dejar de espresarle su pena. «¡Qué invención de noticia, le contestó (2), cómo han de haber querido matarme! Los buenos no me matarán porque son buenos, ni los malos porque no soy bueno. Esto no ha sido mas que una leve sombra de ataque.»

La caridad, en el Obispo de Ginebra, no era solo paciente, sino también generosa y pródiga. Habiendo ido un día un cura de su diócesis á esponerle su miseria, quiso á toda costa darle algún socorro, pero ¿por qué medio si no tenía nada en su bolsa? Va á la capilla, toma dos grandes candeleros de plata que estaban en el altar y se los da á aquel pobre eclesiástico, diciéndole que los venda para tener que comer. Este, enternecido hasta derramar lágrimas, besa las manos de su bienhechor y va á vender los candeleros á Ginebra. Rolando, el mayordomo de la casa, viendo al día siguiente la capilla sin los candeleros, sospechó lo que había sucedido y quiso rescatar estos objetos. «No, dijo Francisco, este rescate no podría hacerse sino con perjuicio de los pobres; nos pasaremos sin los candeleros.» (3) El santo Obispo no limitó á esto su caridad, pues informado de que la iglesia de este buen cura estaba en un estado muy deplorable, hizo blanquear el coro á su costa, abrió grandes ventanas con su enrejado de hierro y regaló un hermoso cuadro, pagando el coste del marco y la colocación, y otras menudencias necesarias para que produjera un buen efecto (4).

Un padre de familia, abogado de Annecy, reducido por diversas desgracias á una extrema miseria, no podía costear la educación de su hijo que estudiaba en París.

Francisco, instruido de su posición, le envió al punto la suma de dinero que necesitaba. La alegría de este hom-

1) Carlos Aug., p. 485.

(2) Carta DCCIX.

(3) Dep. de Chambet.

(4) Dep. de Chambet y de Donyer.—Carlos Aug., p. 471.

bre habia llegado á su colmo; pero bien pronto le sobrevino una cruel inquietud, pues ¿cómo enviar este dinero á París? ¿No se perdería en el camino? El santo prelado sabe las angustias del pobre padre; le llama, se encarga de la comision tomando sobre sí la responsabilidad de todos los peligros, y acompaña el dinero con una bondadosa carta al joven para exhortarle á la piedad y al estudio. El abogado lleno de reconocimiento por tanta bondad, creyó deber corresponder con frecuentes visitas á su bienhechor. Pero desgraciadamente para el Obispo, su favorecido no conocia la discrecion; varias veces tuvo la importunidad de permanecer cuatro ó cinco horas sin tener otra cosa que decir que vagatelas insignificantes; y ¡cosa admirable! el santo prelado, á pesar de sus grandes ocupaciones, le acogió siempre bondadosamente, sin dejar entrever ningun disgusto (1).

Esta paciencia de la caridad en el santo Obispo, no fue menos notable con un señor que habia venido de los confines mas apartados de la Normandía para conferenciar con él sobre los escrúpulos que trabajaban su conciencia, y las dudas en materia de fe que atormentaban su espíritu. Este señor habia buscado en toda la Normandía y en París un doctor que aclarase sus dificultades, disipase sus tinieblas, volviera la paz á su alma turbada; y no encontrándole á su gusto, se habia resuelto á emprender el viaje de Annecy. Se presentó en el palacio, se anunció á Francisco, que estaba en la mesa para comer, diciendo que un extranjero preguntaba por él; el santo Obispo se levantó al punto, acogió á este señor con bondad y lo condujo á su cámara. Este entonces espuso largamente sus escrúpulos, dudas y dificultades. Francisco respondió á todo con claridad y paciencia, pero á medida que resolvía una cuestion aparecian otras, y por fin, la conferencia se prolongó hasta la hora de la cena. El señor Sainte-Catherine fue á decir á Francisco que ya era hora de ponerse á

(1) Carlos Aug., p. 470.

la mesa. Pasó una hora; fueron otros mensajeros á espresar á su Obispo el temor de que la falta de alimento le hiciera sucumbir á la fatiga. «*Nonne anima plus est quam esca?*» (1) les contestó; *meus cibus est ut faciam voluntatem Patris mei.* (2) ¿No vale mas salvar un alma que comer? Mi alimento es hacer la voluntad de mi Padre. Otra vez tendremos tiempo de comer y beber; en este momento tengo otra hambre que satisfacer, otra sed que saciar: «esta es el hambre y la sed del consuelo de un alma; que nadie venga, pues, á interrumpirme,» y continuó la conferencia hasta que este señor quedó plenamente satisfecho, y la dulce luz de la paz brilló con todo su esplendor donde reinaba la turbacion y las tinieblas. Finalmente, despues de diez horas de conferencia, el extranjero se retiró. Contento y derramando lágrimas de gozo, dijo al señor de Sainte-Catherine que le acompañaba: «¡Oh! qué felices sois en gozar de un pastor tan santo y de un director tan hábil. Estaba perdido, y sus consejos me han vuelto á la vida. Nadie en Francia ha podido volver la paz á mi alma. Dios sea bendito que me ha traído á vuestro buen Obispo! Me habian dicho de él cosas maravillosas; pero todo no es mas que una sombra comparado con lo que he visto. Hay entre la fama y la realidad, la diferencia que separa un cuadro del hombre que representa (3).

(1) Carlos Aug., p. 470.

(2) Matth., VI, 2.

(3) Joan., IV, 34.